

industrial del Norte, teniendo que ceñirse á la producción agrícola y pecuaria en la que tiene más parte la naturaleza que la mano del hombre. Quien sabe, empero, si esto es así por falta de población. Quien sabe si la lucha por la existencia que tan viva es en algunos estados de la península septentrional, el día que la densidad de población la haga inevitable en el Centro y el Sud, no produzca análogos resultados, y entónces, ¿cómo va á defenderse la pobre y mezquina Europa de la pródiga América?

Hoy América en una extensión territorial de 41 millones de kilómetros cuadrados no contará mucho más de 60 millones de habitantes, lo que da solo dos habitantes por kilómetro cuadrado: este solo dato basta para ver claro que la riqueza de América está en el suelo y no en el trabajo. Esta es la verdadera prima que América puede ofrecer y en realidad ofrece á la emigración, mejor que los 50 duros que paga la República Argentina por cada emigrante, pagaderos á los diez y ocho meses de su entrada y permanencia en la república.

La masa de la población contada sobre los dichos 60 millones de habitantes, puede dividirse en dos mitades dando una de ellas á la América del Norte, y la otra á la América del Centro y del Sud, de modo, que en los Estados-Unidos, aun dándole su población verdadera de 45 millones de habitantes, como ocupa una extensión territorial mayor que Europa, resulta que es como si en Europa no hubiera mas que españoles é italianos.

Esta tan grande despoblación de América, procuran compensarla sus gobiernos, y lo mismo en el Norte que en el Sud fomentando la emigración cuanto se puede, no sin escrúpulo y sobra de los patriotas americanos que no pueden ver sin temor su país, y sus instituciones, entregados á una masa de gente imbuida de muy diversas ideas, y en general muy distintas de las que rigen en América de uno á otro polo.

Pero les es necesaria la emigración, y tanto más cuanto que la raza americana ó americanizada dista mucho de ser notable por su fecundidad.

Las estadísticas de emigración de Inglaterra, Alemania é Italia, no pretenden llegar á la exactitud, pues sus directores saben que son muchos más los emigrantes que los que oficialmente se declaran como tales.

La emigración á América sigue dos corrientes distintas: la emigración á la América inglesa consta principalmente de ingleses, irlandeses y alemanes; los españoles que emigran á los Estados-Unidos son muy pocos. En cambio, la emigración al Sud está sostenida principalmente por los españoles, si bien nosotros vamos preferentemente á Cuba y Méjico. Los italianos son los que mayor contingente dan á las repúblicas Argentina, Uruguay, etc.

En 1873 se publicaron las estadísticas de la emigración europea á América desde el año 1820, y si no podemos reproducirlas todas por la extensión, no debemos tampoco pasar por alto sus resultados por que nos demuestran por sí solos lo difícil que se va haciendo en Europa la vida.

Tomando, pues, por puntos de comparación los dos extremos de la estadística, nos resulta el siguiente cuadro:

Número de emigrantes á los Estados-Unidos.

	Ingléses.	Irlandeses.	Escoceses.	Americanos ingleses.	Alemanes.	Holandeses	Suecos y Noruegos	Franceses.	Suizos.	Italianos.	Total.
Año 1820	1782	4,614	268	209	948	49	3	371	31	25	8,385
Año 1873	69,600	75,848	13,008	29,508	133,141	4,640	29,458	10,813	3,223	7,473	437,004
Desde 1820 á 1873	719,736	2,904,565	124,333	394,216	2,663,435	88,886	231,344	276,187	71,650	41,636	8,803,141

Para que la cuenta de 8.808,141 emigrantes salga exacta, hay que añadir 100,983 prusianos, pues desde 1871 van incluidos en el registro general de alemanes.

En 53 años, pues, recibió la América del Norte de Europa 4.319,048 emigrantes. Esta

emigración, naturalmente, es la mas bien vista en los Estados-Unidos, pues su asimilación es completa al cabo de pocos años. Si á estos unimos los 394,216 emigrantes de la América inglesa, Canadá, Antillas, etc., tenemos que la emigración de raza suma la mitad de la emigración total. Esta emigración basta por sí sólo á contrarrestar la de los alemanes que es la que mas recelo inspira en los Estados-Unidos por lo que difícilmente se asimilan, y por su tendencia á agruparse en determinados centros donde llegan á preponderar sobre el elemento indígena. Como se vé, las estadísticas no se hacen cargo de la emigración española, en verdad punto menos que insignificante, tanto, que en el censo de extranjeros de 1870 que arroja un total de 5.567,229 individuos, España solo figura con 3,764 de sus nacionales. La emigración cubana de seguro aumentada á causa de la guerra, dió para su censo 5,319 personas.

En igual tiempo, ó mejor desde 1854 en que se abrió las puertas á la emigración China, esta arrojó un total de 144,328 emigrantes, de modo que en 53 años recibió una masa de más de nueve millones de habitantes la América septentrional, siendo de notar que esta emigración va creciendo en vez de disminuir.

Verdad que no son pocos los que despues de haber hecho ó no fortuna regresan á la madre patria. Entre todos nos distinguimos los españoles que aun creemos como en el siglo xvi que á América solo se ha de ir á hacer fortuna para poder luego regresar hechos unos indios, siguiéndonos luego los alemanes, pero aun así y todo, la masa que allí queda es considerable.

Defectuosas son en extremo las estadísticas de emigración de las repúblicas del Sud. La de 1871 respecto de la República Argentina daba para 14 años una emigración de 204.451 personas principalmente compuesta de italianos, españoles y franceses. Pero como ni Italia ni España favorecen esta salida de los brazos inútiles, no es posible llegar á un resultado positivo para determinar el movimiento así de ingreso como de regreso. En tésis general puede decirse que la repatriación es tan considerabilísima para Italia cuyos vapores conducen mensualmente de 400 á 500 emigrantes, que si no ascienden á este número los que regresan, es sobrado considerable para que una y otra vez declare el gobierno Argentino que no marcha el movimiento de la emigración.

En suma puede asegurarse que anualmente salen de Europa mas de medio millon de emigrantes para América, número mas que suficiente para transformar en poco tiempo aquel continente, si los emigrantes lo hicieran en realidad en busca de una nueva patria, y no en busca de una fortuna.

La señal de ese cambio será el desarrollo de su marina hoy casi por completo en manos de extrangeros. Sus líneas de correos internacionales son extrangeras, de modo que España, Francia, Inglaterra y Alemania, le cumplen un servicio que todo país quiere hacer por su cuenta, pues es una cuestión de dignidad. Al escribir esto anuncian los periódicos que Turquía ha reivindicado la dirección de los correos hasta hoy puesta en manos de los Consulados.

Dicho se está que nosotros no podíamos aludir antes á la marina de los Estados Unidos, pues la república de los Estados Unidos cuenta con una flota poderosa tanto mas importante cuanto no han sido parte á impedir su desarrollo la creación de una marina de guerra, lo que era de esperar despues de la guerra de separación que tan en evidencia puso los grandes servicios que podia esperar de una marina de guerra experimentada. Pero la gran República se dijo que pues pudo inventarla una vez en medio de una guerra civil, cuando para ello todo eran dificultades, que mucho más podria lograrlo en tiempo de guerra extrangeras cuando todo habian de ser para ella facilidades.

Los estados del Sud tienen una marina de guerra superior en potencia á la mercante, aun cuando aquella sea reducida. El humor belicoso de nuestra sangre hace necesarias ciertas precauciones. La reciente guerra entre Chile y el Perú justifica el gran acorazado que el Brasil ha construido en Inglaterra, reputado por la prensa europea como la máquina de guerra mas formidable que surca los mares.

Todo esto es parcial y sin importancia, es cierto. Pero todo nos dice que llegará un día en que la potencia naval americana desarrollándose de consuno con la industrial, agrícola y comercial reemplazará por todas partes la flota europea que tendrá que reducir sus irreflexivas pretensiones de querer dominar en todos los mares. Hoy la América del Centro y del Sud están servidas por líneas españolas, inglesas, francesas é italianas. El norte americano lucha con las líneas europeas que por su parte sostienen Inglaterra, Francia y Alemania en favor de su comercio. De modo que fuera de esta competencia, la marina mercante europea no encuentra resistencias, ni rivalidades en el resto de América.

No porque nosotros, ni nuestros hijos, tengamos que ver, ni siquiera el comienzo de la era de las resistencias ó de las invasiones americanas, hemos de dormir tranquilos. Los resultados de una buena política comercial son tardíos en producir sus resultados. Inglaterra consagrándose por entero á tal resultado tuvo que aguardar dos siglos antes no espulsó de todos los mares las banderas española y holandesa que como señoras los paseaban. Esto nos dice que si España ha de recobrar su antiguo prestigio ha de apoyarse en un comercio activo y fuerte, pues solo en el comercio y la industria se templan las almas para el trabajo, y solo por el trabajo llegan los pueblos al bienestar por la acumulación de las riquezas.

III—Asia y su estado comercial.

Boccardo dice con razón, que si la característica del europeo es el movimiento y el progreso, la del asiático es la quietud y la inmovilidad. No tenemos porque detenernos á indicar sus causas, pues dada la gran antigüedad de la civilización asiática, esto nos llevaría muy léjos: siendo nuestras disquisiciones filosóficas ociosas en libros como el presente, basta con poner nuestra atención precisamente sobre ese carácter retraído del pueblo asiático en general, y por encima de todos del pueblo asiático oriental.

Si; el estado económico de la China, y hasta hace poco del Japon, y tambien de aquellas partes de la India, en las cuales como en la China no ha penetrado todavía la civilización europea, el aspecto que hoy presentan, es muy semejante al que ofrecerian mil, y aun dos mil años atrás, aun cuando Boccardo diga al que ofrecia tres ó cuatro mil años, aun cuando esto pudiera ser exacto para los pueblos indostánicos é indo-chinos. Verdad es que China vivia en una época de gran florecimiento industrial cuando Europa entera vivia la vida del salvaje en medio de sus rudas y ásperas selvas, pero aquella civilización como si fuese el resultado de un esfuerzo prematuro consumió todas las fuerzas inventivas de la China, y todas sus voluntades, y tal como habia nacido, falta de fuerzas para su desarrollo continuó viviendo y vive en un estado de perpétua infancia.

¿Quién ignora la antigua gloria de la agricultura del celeste imperio? Los canales de regadio y los navegables, la silografía ó imprenta con tipos fijos, la pólvora de fuego, el uso terrestre y marítimo de la brújula, los puentes suspendidos, los pasaportés, los bombos, el valor de posición de las cifras numéricas, la inventación de la vacuna, los tribunales especiales de comercio, la producción del té, la fabricación de la porcelana, la circulación del papel moneda, cosas son todas conocidas por la China casi con una prioridad milenaria á la nuestra. Pero el despotismo impidió el desarrollo posterior de la industria, y el temor de que su contacto con los países extrangeros no engendrara el deseo de mayores libertades, hizo que se aislara y se encerrara atrincherándose por todos lados. Por el norte con sus famosas murallas, al sud cerrando sus puentes y rios á la navegacion exterior.

Pero esto ya ocurrió en los primeros tiempos de la civilización de los pueblos del Mediterráneo: ni el Egipto, ni los Fenicios, ni los Griegos, ni los Romanos puede decirse que conocieran hasta la simple existencia de la China, que vino á descubrirse en la Edad Media, sin que entrara en relaciones íntimas con Europa hasta llegar al siglo de los descubrimientos, al siglo xvi.

Comprenderemos como esto fué posible dándonos cuenta de uno de los fenómenos económicos más notables de la China, del de su enorme población que ciertos cálculos hace subir á la incomprensible cifra de 300 millones de habitantes: pero Ritter, cuya autoridad es irrecusable, concede á la China 434.626,500 almas, de estas da á la China propiamente dicha 404.946,514 y 29.680,000 á los países con ella colindantes. Si para explicar este fenomenal crecimiento de una población avecinada en un territorio igual al de las dos penínsulas americanas no podemos decir lo que Montesquieu, que ello es debido á convenir grandemente el territorio chino á la propagación de la raza humana, hemos de confesar desde luego lisa y llanamente, que no puede deberse mas que á su extraordinario desarrollo agrícola, que favoreciendo el cultivo de todas las partes del suelo, brinda á todas las familias con seguro y tranquilo asiento, favoreciendo igualmente el desarrollo de los medios de subsistencia que el trabajo de tanta gente y su gran consumo abarata hasta el último límite; y en segundo lugar á las medidas protectoras de la ley, que dando toda clase de facilidades y recursos al padre de familia produce esas proles numerosas destinadas fatalmente á producir, faltas de otras medidas protectoras, esa terrible miseria en que se consume, por su mismo exceso, á lo ménos una tercera parte de esa misma inmensa población del celeste imperio.

Con una población tan densa y numerosa, la actividad individual resulta nula, cohibida por el número. Como hay quien todo lo hace, resulta en verdad que no queda nada para hacer, y de aquí ese indiferentismo y ese progreso infantil de que dan muestra lo mismo las artes que las instituciones de la China. Un invento por útil que sea se basta á sí mismo y no tiene ulterior desenvolvimiento por que no hay interés en trabajarlo, pues sus fines no pueden, cualesquiera que sean, aumentar la prosperidad del pueblo chino.

De aquí la posibilidad de que resulten encerrados, presos, dentro de los límites del imperio 400 millones de seres humanos sin que jamás se les ocurra el pasarlos, es una necesidad que pocos han sentido.

El elemento más enérgico, el emigrante despues de haberse difundido por las islas oceánicas empieza á invadir los Estados-Unidos. Se le ha visto tambien en la isla de Cuba, pero las leyes que han autorizado y protegido su emigración, muy pronto han procurado contenerla en vista de la incapacidad que demuestra el chino así para la vida social europea, como para el trabajo industrial de los pueblos civilizados.

Acostumbrado al más duro despotismo, no sabe que hacer el chino de la libertad en que le dejan durante las 24 horas del día las leyes y costumbres de los países civilizados. Por esto, sus vicios que son muchos, se desarrollan todavía más, y sus depravadas costumbres causan asco y horror, y se tema mas su contacto por el contagio de ellos, que la falta de población de que se quejan numerosas provincias de América y de Oceanía.

Compréndese desde luégo que si se pudiera realizar el milagro de levantar de golpe el pueblo chino á la civilización europea americana, si se pudiera hacer que sintiera sus necesidades y deseos, el mundo entero caeria bajo las plantas de la raza amarilla, ¿pues cómo se podria resistir el desbordado torrente de 400 millones de habitantes? Pero por fortuna el chino no aspira á nada, solo desea vivir para gozar, y al efecto le bastan los goces de su patria y un mes de fiestas confucianas. Con una costa inmensa y con grandes rios, su comercio es nulo, ó por mejor decir su comercio está en manos de los europeos. Sus naves y su bandera son desconocidas en Europa. Ni una sola ha pasado el istmo de Suez. Y cuenta que aun el pequeño movimiento favorable al progreso que allí se nota, más que al trato comercial con los europeos se debe á la última guerra con Francia é Inglaterra que lo intimó, y entónces fué de ver como cuatrocientos millones de chinos resultaron incapaces para defender la toma de su capital, y como sus 400 millones de habitantes fueron vencidos y rendidos por 20,000 anglo-franceses, lo que nos dice hasta que punto lleva su pusilanimidad el pueblo del celeste imperio. El pequeño movimiento de progreso, decimos nosotros, se debe á los celos y recelos que China siente respecto del Japon.

Pudo creerse que en efecto el Japon iba á abrirse por completo á la civilización europea hace algunos años, pues se llegó hasta querer abandonar el traje nacional por el traje europeo: las misiones se multiplicaron y sus industriosos hijos lo mismo acudían á las academias militares que á las escuelas científicas: construyéronse para ellos naves de guerra acorazadas, con artillería moderna, etc., pero todo esto no ha dado otro resultado que abrir algunos puertos más al comercio europeo, y á recibir en su capital á los ministros de las naciones europeas.

Sin embargo, aunque con paso lento el Japon avanza, pero hay que confesar que este progreso se realiza más en odio á la China que por espíritu de adelantamiento.

De todas maneras el Japon como la China continúa siendo una nación cerrada y amurallada contra Europa, y esto hace que el comercio de sus islas sostenido principalmente por Inglaterra, Alemania y España (Filipinas) no sea todo lo activo y próspero que sería de desear.

No menos antiguo y todavía más singular de lo que lo es en China y el Japon se presenta el régimen económico de la India. El despotismo redujo desde un principio la entera población á tres grupos ó castas, la de los que mandaban, la de los que servían, y la de los que trabajaban. Aun hoy se cree que no bajan de cuarenta las castas indias, y todas ellas, semejantes á nuestros gremios de la Edad media, tienen un círculo fatal de oficios y de operaciones, en las cuales viene uno encerrado sin esperanza de cambio alguno. Esto llega hasta el punto de que siendo, por ejemplo, la costumbre tradicional llevar los mozos de cordel en la cabeza las cargas, sería mal visto, censurado y aun reprendido si alguno diese en llevarlas sobre sus espaldas. Hasta en la milicia se introduce este sistema de castas. Hay soldados de casta inferior y de casta superior. Estos tienen, si son de infantería, uno de aquellos para que le sirva, y si son de caballería, dos. En fin, este sistema se ha llevado á los últimos límites, prohibiéndose entre sí tribus enteras ciertos trabajos, es decir, que no se libran más que á uno solo, por ejemplo los Lampados no cultivan más que los cereales; otras tribus tienen el privilegio del tráfico, del acarreo, del comercio tal como allí es posible.

Con esto se comprende desde luego que allí la tierra no pertenece al que la cultiva, á este solo corresponden los frutos, de los que ha de pagar al soberano tanto ó cuanto; á este pertenece la absoluta propiedad de la tierra. Así para que la distribución de las frutas sea regular y armónica, después de prescribir la ley ó la costumbre que tiene fuerza de tal como se han de hacer los cultivos y reparto de los frutos, divide la población entera en grupos comunales que no bajan de cien almas, ni pasan de dos mil. El comun entero responde al soberano del pago del entero tributo, y para recoger este se dividen las responsabilidades de uno á otro, hasta llegar al infeliz agricultor, sobre quien caen todas las responsabilidades, y como hay que atender luego también al sostenimiento de las demás cargas, digámoslo así nacionales y locales, pagado el soberano, se saca la parte de los magistrados, luego la que toca á la fuerza pública, y solo el resto, es decir este resto ya muy mermado de sus frutos, pertenece al agricultor.

Como en todas partes el grupo de los empleados es todo lo numeroso posible, y va desde el alcalde á la música del lugar. El elemento industrial no tiene más ideal que la de realizar con el menor esfuerzo la cantidad estricta de trabajo para cumplir ó satisfacer las necesidades comunales, y dicho se está que los oficios se heredan como durante mucho tiempo se vió en Europa, habiendo llegado este principio más ó menos modificado hasta nosotros.

De su comercio nada puede decirse, pues constituye una rama de la nación inglesa, por entero es metropolitano. Por lo demás nunca demostraron los indostánicos costumbres ni aficiones comerciales. Pero allí donde no llega la dominación británica, allí existe incipiente un comercio que sólo necesita para desarrollarse de un nuevo y más civilizado régimen económico. Verdad es que han procurado corregir esto los ingleses en sus inmen-

sas posesiones del Indus y del Ganges, pero su buena voluntad, que es mucha, se estrella ante la apatía de la raza, no mejor dispuesta que la china y japonesa al movimiento y al trabajo; así se dice que la India no da á los ingleses á lo sumo más que una décima parte de lo que podría darle con un mejor sistema de trabajo y de tráfico. A cinco mil millones de pesetas se estima que podría elevarse la producción del país, y sin embargo en aquella península donde hace tanto tiempo que flota la bandera inglesa, en aquel país atravesado por todos lados por líneas férreas, en aquel país que tiene una población tan densa como la China, los animales salvajes y los hombres abren en ella brechas desastrosas, y de las cuales solo su incuria es responsable.

Cattáneo decía: la agricultura indostánica no tiene capitales, estos consisten en las sementeras y en un corto número de bueyes dedicados al arado y al transporte, pero excluidos de la alimentación popular. Cuenta para el cultivo con algunos canales de regadío y estanques artificiales construidos casi todos durante la dominación musulmana, y los que pertenecen á esta época la mayor parte están en estado ruinoso. Por esto una agricultura que podía llegar á una producción colosal se ve reducida á un extremo lamentable, tanto que cuando la cosecha del arroz se malogra, la población entera siente los extragos del hambre. El cultivo de los productos aromáticos y tintóreos de las frutas coloniales está muy reducido: el del índigo por completo está en manos extranjeras que corren con todos los riesgos y ventajas: el del opio y el del tabaco lo está en la de la Compañía de las Indias cuyos privilegios han sido parte al abatimiento de la agricultura y á los pequeños beneficios que de la dominación británica saca la India entera, pues satisfecha con los inmensos beneficios realizados mira indiferente que una tercera parte del país continúe aun ocupado por selvas, bosques y pantanos, donde hallan segura guarida las fiebres y el cólera que destruyen la población, visitando de cuando en cuando á Europa, gracias casi siempre á la cupidez británica, y los serpientes y tigres que obligan á la gente del campo á una continua alerta para no caer víctimas de sus ataques.

Este estado de cosas la misma *Encyclopædia Britannica* no trata de ocultarlas. «Mientras en 1.º de enero de 1877 se proclamaba á la reina Victoria como emperatriz en medio de unas fiestas con una suntuosidad hasta entonces desconocida; mientras los príncipes y oficiales superiores del país tomaban parte en sus más fastuosas escenas, la hambre asolaba cada vez más el Sud de la India; pues la falta de lluvia como resultado de los monzones de 1876, aunque mejoraron un poco la situación los de 1877, produjeron una sequía cuyas consecuencias acabaron por hacerse sentir desde Deccan al Cabo Comorin, invadiendo sucesivamente el Norte de la India, produciendo un desastre como no se había conocido desde la dominación británica. A pesar de las grandes cantidades que por mar y por los ferrocarriles se trajeron y repartieron, hasta el punto de haber gastado en ello el Gobierno once millones de libras esterlinas, las pérdidas de vidas producidas por la extenuación alcanzaron una cifra horrible. El número total de fallecimientos ocurridos sobre los de la mortalidad normal, solo por los dos años en que duró la calamidad, esto es, de 1876 á 1878, se estimó en un 40 por ciento más, es decir, que murieron 5 y $\frac{1}{4}$ millones de personas de hambre.» ¿Pero qué se ha hecho desde 1878 para prevenir la repetición de tan grandes desastres? Nada. Inglaterra se ha dicho que pues cuenta la India, y ya se comprende algo mal contados, 252.541,210 habitantes, dicha pérdida, á lo sumo representa la total producción humana de un año, lo que nada significa. ¿Pero y los trece millones de libras esterlinas gastadas en mandar cereales y arroz, no son bastantes para acabar con una indiferencia que de repetirse algo á menudo los dichos desastres, acabaría con los inmensos capitales británicos, que por otra parte no gustarían verse consumidos tan sin provecho, ó con provecho tan solo de unos pocos? Los beneficios de la explotación de los 3.774,123 kilómetros cuadrados de tierras propias del imperio británico y de los príncipes tributarios, compensan suficientemente pérdidas como la de que se trata. Pero aun así y todo, sería imposible comprender tanto indiferentismo, tanto desprecio por la vida humana, si no viniera la estadística de cul-